

# *Editorial*

## HACIA UN MEJOR CONOCIMIENTO CULTURAL DE AMERICA LATINA

Al término del año pasado, entre los días 27 de noviembre y 1º de diciembre, tuvo lugar en Lima una reunión de expertos convocada por la UNESCO, destinada a “emprender el estudio de las culturas de América Latina en sus expresiones literarias y artísticas a fin de determinar las características de esas culturas”.

Los trabajos, que comenzarán en 1968 y deben prolongarse por 4 o más años, averiguarán en primer lugar la originalidad del movimiento artístico intelectual de esta parte del mundo; procurando establecer las transformaciones históricas que ha sufrido y sus relaciones e influencias tanto dentro de América misma como con respecto a las demás culturas del mundo. Los aspectos que han de ser considerados corresponden a la literatura, las artes plásticas y arquitectura, la música y la historia socio-cultural. Dichos temas irán siendo analizados sucesivamente en el mismo orden.

La reunión de Lima dio ocasión a largos e interesantes debates en que participaron intelectuales del mundo artístico y literario en general, tanto de la actividad docente como de la crítica y aún de las esferas directivas de entidades culturales pertenecientes a muchos de los países latinoamericanos. Chile estuvo representado por profesores de la categoría del historiador Eugenio Pereira Salas y del musicólogo Samuel Claro, Director de esta Revista.

El trabajo de los expertos fue enfocado como una averiguación interdisciplinaria. Establecieron ellos que las materias artísticas antes enunciadas deben tomarse como partes inseparables de un todo que es la cultura y ésta, a su vez, como expresión de los factores étnicos y socio-económicos que prevalecen en nuestros países.

Para ordenar las tareas se convino en dividir América Latina de norte a sur en seis regiones geográficas, y proponer a la UNESCO la constitución de un comité consultivo que la asesore. Este comité representará las regiones aludidas y sus componentes deben hallarse ligados a universidades o a centros de investigación científica.

Una iniciativa como la de que damos cuenta no puede menos que ser recibida con albricias. Mucha falta hacía que el organismo de la Place de Fontenoy de París volviera sus ojos a esta región del mundo para algo más que las obligaciones de índole social básicas que la sigla UNESCO significa. América Latina no es sólo tierra de analfabetos, ni sus suelos todos desérticos o selvas habitadas por aborígenes o por gentes desnutridas. Hay países auténticos; hay movimientos culturales y ha habido figuras de nota a través de más de cuatro siglos. Nuestras raíces intelectuales se entroncan a la Europa del Renacimiento, y con aportes de razas autóctonas, de africanos y de

Europeos venidos de todos lados hemos adquirido fisonomías que nos caracterizan como diversos y al mismo tiempo como diferentes también del tronco general ibérico, español o portugués que nos reunía en el pasado. Todo eso vale bien un estudio serio y no seguir mirándonos como en tiempos del Abate Molina, cuando tuvo él que salir en defensa de América ante sabios que la tenían como un continente chato, venido a menos, incapaz de producir otra cosa que especies a medio camino: indios pigmeos, llamas en vez de camellos, tapires en vez de elefantes y pumas y gatos en vez de leones.

Los estudios que se proyectan deben realizarse y no defraudarnos en postergaciones que suelen ocurrir en el dédalo kafkiano del papeleo internacional que circula en los interminables pasillos de la UNESCO. Nos ocuparemos aquí solamente de lo que dichos estudios significan para la música; los restantes aspectos que ellos se proponen conocer serán materias para otros especialistas.

Si una conciencia verdadera de que contamos en la historia y en la vida musicales se divulga y logra frutos con esta iniciativa, habremos dado un gran paso adelante. Porque pese a la existencia ya suficientemente larga del Consejo Internacional de Música (CIM), organismo de los llamados no gubernamentales de la UNESCO, lo que la entidad internacional ha logrado en nuestro campo latinoamericano es postrísimo.

Y no se diga que es porque no nos conocen, pues de estas tierras muchos hemos integrado la directiva del mencionado Consejo y aún lo hemos presidido, y desde él creado iniciativas que hoy día continúan en Europa.

En verdad, todo el trabajo del CIM queda inevitablemente en el hemisferio norte y en su mayor parte en Europa (incluyendo en ella la Unión Soviética), y en el mundo oriental árabe, hindú o del extremo oriente. Aludimos aquí, por cierto, a lo que los europeos llaman "oriental", porque aunque ellos no lo imaginen, no olvidemos que Europa para nosotros está en el Oriente y Japón y China en el Occidente...

Y tan sincera es la despreocupación por nosotros que existe aún en los medios de la UNESCO, que la Revista "El mundo de la música" (The World of Music) editada por el CIM en tres idiomas, francés, inglés y alemán, —por cierto que no castellano— recoge las primeras audiciones de obras de todo el mundo salvo las de América Latina.

No hemos visto una sola obra de estos países mencionada excepto una vez: se dio cuenta de la presentación de algunas composiciones electrónicas en Argentina.

Uno se pregunta como gentes inteligentes y de buena voluntad, que saben quienes somos, y no por un solo músico de categoría que los haya visitado, sino por muchísimos y de variados países, pueden quedarse así tan en paz eliminando simplemente lo que ocurre en una región que equivale por lo menos a la Unión Soviética, y que tiene ya una población muy cercana a la de este país. La verdad es que no pertenecemos al "Club Atómico" ni pesamos todos juntos suficientemente en la balanza comercial ni en las reservas del codiciado oro que dicta la paz y la guerra en el mundo.

En el último número —el IV de 1967— de la Revista citada “The World of Music”, el eminente compositor brasileño Claudio Santoro que reside actualmente en Berlín, escribe un artículo “Música de América Latina víctima de la falta de comunicación”, que es un llamado a la conciencia de Europa frente a algo que no tiene ya justificación alguna y que significa lisa y llanamente ignorancia y falta de respeto y seriedad. Señala Claudio Santoro el hecho de que mientras nosotros estamos pendientes de la última creación de Stockhausen, Boulez o Shostakovich y sabemos las últimas minucias del estreno del “War Requiem” de Britten, ignoramos por completo lo que sucede en Santiago, Río de Janeiro o Buenos Aires y, naturalmente, Europa nos ignora a su vez en forma total y absoluta. Atribuye él todo esto a falta de comunicación, que es verdadera, y que nos lleva a vivir aislados entre nosotros en cada uno de nuestros países y del resto del mundo musical, con los ojos puestos en las naciones de donde vino históricamente el movimiento original de nuestra cultura. Señala el compositor brasileño que uno que otro creador latinoamericano de talento y por añadidura esforzado, logra romper la barrera internacional mediante paciencia y tesón, y a menudo a costa de humillantes gestiones cuando no de cuantiosos desembolsos en lo que se llama “promoción”. ¡Ni más ni menos que si se tratara de un nuevo dentrífico, de un analgésico o de algún brebaje que pueda competir con la Coca Cola! La comercialización del mundo de los conciertos ha distorsionado por completo la verdad contemporánea. Imposible es hoy día imaginar el juicio de valores que se hará en algunas décadas acerca de la época en que vivimos.

Los chilenos, (para citar en cosas que conocemos) nos hemos admirado de que, por ejemplo, nuestros festivales Bienales de música que llevan ya 22 años de existencia, no hayan despertado la curiosidad de la crítica europea o norteamericana. Si este esfuerzo sostenido no intriga por su valor musical, podría bien haber llamado la atención como muestra de pertinacia obstinada en el arte. ¿Cuántas obras chilenas han sido examinadas por los Jurados o se han escuchado en los conciertos, y aún han sido discutidas en procesos electorales de premios? Centenares. Desde que la Universidad de Chile estableció una radio al servicio de la música y estamos escuchando diariamente las composiciones de nuestros compatriotas, se han transmitido en menos de un año 144 horas de música seria de este país, con un total de 610 obras, comprendiendo repeticiones, y que pertenecen a 60 compositores distintos. Es decir, buenos o malos, existimos; nuestra radio repite constantemente que la música chilena, grabada casi siempre en cintas magnéticas, no es ni mejor ni peor que la de cualquier otro país del mundo. Nada casi de esto se conoce ni cuenta fuera de Chile y menos en la circulación normal de noticias. Fácil es imaginar lo que junto a nosotros podrían añadir, por ejemplo, los músicos de Argentina, Brasil o México.

Lo ya apuntado es lamentable, pero donde la barrera hasta ahora es seriamente insalvable, es en el terreno de la musicología. Hace muchos años que se sabe, (y cada día más) que así como quedaron obras literarias, ca-

tedrales, palacios y obras de escultura o pintura del pasado colonial, también hubo polifonistas que escribieron música en todo semejante a la que Palestrina, Lassus o Victoria componían en Europa. Se sabe también que este movimiento siguió en los siglos XVII y XVIII con alternativas diversas, en torno a los virreinos españoles, en la corte portuguesa emigrada al Brasil. Se sabe, así mismo, que la Independencia no suprimió el movimiento artístico sino que lo entroncó de inmediato al Romanticismo. Así continuamos el desarrollo hasta la época actual en que las naciones latinoamericanas han llegado a grados diversos de madurez en la vida musical.

Todo ello es ignorado por quienes han escrito las historias de las últimas décadas. Ni Paul Henry Lang, ni Donald Grout, en sus libros, se dignaron en lo más mínimo volver sus ojos hacia esta parte del mundo. En la excelente "Histoire de la Musique" bellamente publicada por las ediciones de "La Pléiade" (N. R. F.) en París y dirigida por un hombre eminente como fue Roland-Manuel, uno ve con asombro que no hay un solo capítulo, una línea siquiera, dedicada a los acontecimientos de América Latina. Roland-Manuel fue amigo de muchos de nosotros, supo de estos países, pero más allá no pasó su concepto frente al dogma de que la música occidental había nacido y crecido solamente en Europa y para ella. Somos como hijos naturales a quienes la madre viéndolos crecidos, los reniega.

Por otra parte es justo decir que los grandes diccionarios han adoptado otra conducta: tanto el Grove Dictionary como el Riemann Lexikon, como el Diccionario Labor dirigido por el padre Anglés, y otros menores, contienen ya buenas noticias y estudios completos del movimiento musical latinoamericano y reseñas suficientemente al día de sus principales figuras.

Es este mundo negativo en el cual nos movemos los músicos latinoamericanos y que, para muchos jóvenes situados en una posición, como alguien dijo "competitiva", es origen de amargura, lo que debe estudiar la Comisión designada por la UNESCO y aveiguar cuáles son las razones para que con tanta insistencia se suponga que no hemos tenido música y que no la tendremos jamás. De ahí que la iniciativa de estudiarnos a fondo reviste una importancia capital para nosotros. Hagamos votos por que los trabajos se completen y nos rediman de algo que no merecemos: el silencio.

D. S. C.